

para la moción de afectos; y por esto las santas Misiones y Ejercicios espirituales son de tanta eficacia, porque con este género de sermón brilla todo el fuego de la sagrada elocuencia, animado y vivificado por el espíritu de Dios.

LECCIÓN XX.

Sermón de Misterios.

243. Por misterios se comprenden aquí no solamente los dogmas relativos á las perfecciones infinitas de Dios, sino también los que se refieren á las acciones de Nuestro Señor Jesucristo, que se relacionan con nuestra salud eterna, como su Natividad, Circuncisión, Pasión, Resurrección y su Ascensión; así como los prodigios que Dios ha obrado en su Santísima Madre, las excelencias con que la ha adornado, y aquel cúmulo de virtudes y acciones buenas que ejecutó la Virgen María para cumplir la voluntad del Altísimo, y complacerle en un todo.

244. ¡Cantar las grandezas de Dios!... Esto es magnífico: Moisés, el caudillo de un gran pueblo, canta el gran poder de Dios, extasiado en las arenas del Mar Rojo; María, su hermana, lo repite enajenada de gozo, con las hijas de Israel: *Cantemus...* Los héroes de Israel muchas veces han celebrado su magnífico *Nombre*, y sus heroínas otras tantas cantaron sus glorias. Todo el Salterio de David es un canto continuado del gran Rey Profeta sobre el poder, la majestad, la justicia, el amor, la bondad y misericordia de nuestro Dios. Los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia, ¡cómo brillan espléndidamente en este género de predicación! ¡Cómo arrebatan con su melodía los Naciancenos, Basilio, Agustines y Anselmos, el meliflúo Bernardo y los devotos doctores Ildelfonso y Buenaventura! ¡Qué asunto éste tan grandioso! Los grandes oradores modernos se han elevado

también á contemplar las grandezas de Dios, las glorias de su Santísima Madre en profundas ideas, en magníficos conceptos, en lenguaje sublime; han hecho resonar majestuosamente las bóvedas sagradas del templo, han cautivado, han arrebatado, han elevado hasta hacer percibir las armonías del cielo á sus inmensos auditorios; pero ni toda la inteligencia ni gran corazón de estos grandes oradores con Bossuet, Bourdaloue y Massillon á la cabeza, no han podido jamás agotar mina tan riquísima y fecunda. Después de esto es inútil decir qué ancho campo se le presenta aquí al sacerdote para hacer conocer y amar los misterios, y ejercitar provechosamente su talento.

245. Y además de esto, los grandes bienes que resultan al pueblo de la exposición de los misterios. «Los misterios, en efecto, dice Pratmans, son el alimento más sólido y más útil de la piedad cristiana: forman el fondo y como la substancia de toda la Religión, y no se conoce bien ésta, sino en cuanto se conocen bien aquéllos. Hablan al corazón, lo calientan y abrasan, le piden sacrificios, le enseñan todas las virtudes, le dicen todos sus deberes, y el corazón no les puede negar nada. La moral que el predicador deduce de ellos es siempre natural, porque cada uno siente que las costumbres deben ser conformes á la creencia; y es siempre urgente, porque el misterio le sirve de prueba.» El orador, pues, debe considerar el fin que tuvo la Iglesia al establecer sus más grandes solemnidades, y que no le es lícito olvidarlo.

246. Para tratar dignamente y con fruto los misterios de nuestra Santa Religión el predicador deberá tener presente en los sermones de este género cuatro cosas: 1.º *Hacer conocer* los misterios; 2.º *Hacerlos honrar*; 3.º *Hacer participantes á los fieles* de las gracias que ellos encierran; 4.º *Dividir la instrucción* de manera que estos tres objetos se llenen con orden y claridad.

247. I. **Hacer conocer los misterios.** «Esta es la vida eterna, que te conozcan á Tí, solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien enviaste. (*Joan. xvii.*)» Estas solas palabras deben bastar para hacernos comprender la necesidad de instruir á los fieles en los augustos misterios de nuestra Santa

Religión, y que esta altísima enseñanza abre el camino para la vida eterna. San Francisco de Sales presenta un medio en el desarrollo de estos tres puntos. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Cómo? Otros escritores proponen este otro método para hacer conocer á fondo el misterio:

248. 1.º *Explicar perfectamente su exterior é interior.* Se entiende por *exterior* de un misterio lo que es la parte visible, y ésta es el hecho que nos refiere el Evangelio, ó nos transmite la tradición, y es menester exponerla detalladamente á los fieles; y por *interior* las operaciones que se realizaban en el alma de Jesucristo, ó la Santísima Virgen, relativas á Dios, á los hombres y á sí mismos en el momento del hecho exterior. Es necesario fijar la atención de los fieles en el interior de los misterios, el cual fácilmente se descubre con la meditación. Por ejemplo: «En el huerto de Getsemaní la *memoria de mis pecados* le arranca aquel sudor de sangre y agua.»

249. 2.º *Hacer resaltar las perfecciones de Dios, de Jesucristo ó de la Santísima Virgen que están encerradas en el misterio.* Nos dice el Profeta que los cielos cantan la gloria de Dios, y todo el firmamento anuncia las obras de sus manos, y esta manifestación de sus grandezas nos eleva á la fuente del Sumo Bien: ¿pues cuánto más no se elevará el hombre á Dios y le dará gloria, si ve expuesto ante su inteligencia, en cuanto es capaz, aquel hermosísimo cuadro de las perfecciones de Dios, de su Divino Hijo encarnado, y de su Santísima Madre, la Virgen María?

250. 3.º *Exponer á los hombres las ventajas de estos misterios.* Dios al manifestarse se ha propuesto, además de su gloria, el bien de los hombres, y por tanto este bien particular ha de demostrar el predicador en cada misterio. Con este método se presenta el misterio con aquella clara explicación que permite la oscuridad de la fe, y facilita la creencia á cuantos se complacen en la verdad. Santo Tomás en la 3.ª parte de la *Suma*, Suárez en su *Teología*, y Bossuet en sus *Sermones* siguieron este método.

251. II. **Hacer que honren el misterio.** Ya los esplendores divinos han alumbrado la inteligencia, ya la antorcha luminosa de la fe sentada en ella está irradiando con su her-

mosa luz todos los senos del alma, haga bajar, pues, el predicador su fuego sagrado al corazón excitando los más bellos y purísimos sentimientos que de la consideración del misterio brotan, como de tan celestial origen, y haga revivir en el alma los afectos y sentimientos que el mismo misterio inspira. «El predicador faltaría completamente á su fin, dice el Sr. Bravo y Tudela, si convirtiéndose en un disertador frio y especulativo, no hablase en este género de sermones más que á la razón y á la inteligencia.»

252. Muchos son los sentimientos que de la exposición del misterio puede despertar el predicador en el corazón de los oyentes: *Amor* por la bondad que encierra; *Gratitud* por los beneficios; *Confianza* por las promesas; *Sumisión* por sus preceptos; *Admiración* por su profundidad; *Alabanza* por su grandeza; *Veneración* por su excelencia; *Deseos y propósitos buenos* por su santidad; *Cánticos de alegría* por sus glorias; y en fin tantas maravillas se encierran en ellos, que el consumado orador podrá excitar en los corazones toda clase de nobilísimos sentimientos, dar unción á sus instrucciones, y derramar sobre ellos aquel aroma suave de piedad que, moviendo el corazón, embalsama las almas de cuantos le oyen, y les obliga sin violencia alguna á practicar la ley santa del Señor, inclinando su voluntad á los afectos que fluyen naturalmente de la consideración del misterio.

253. III. **Hacer participar á los fieles de las gracias que encierra el misterio.** Si, como ya hemos dicho, en los misterios se comprenden tantos bienes y gracias, el predicador debe acercar á estas cristalinas fuentes de salud á todos los redimidos, pues no hay duda que de allí brotan torrentes de amor, salud y dicha. Para alcanzar todo esto debe tener presente:

254. 1.º Hacer notar al auditorio las lecciones de virtud y perfección que el misterio contiene, ya en su exterior, ya en su interior, invitándolo á practicar estas lecciones ayudado de Jesucristo y su Santísima Madre.

255. 2.º Demostrar á los oyentes cómo y por cuáles medios consumaron el Misterio Nuestro Señor y la Virgen Santísima. Por ejemplo: ¿Cómo ha entrado Jesucristo á la

gloria? Por medio de trabajos y penas: *Nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam?* dijo El mismo á los discípulos de Emaús. (*Luc. xxiv*). Luego, pues, haga ver el predicador que también nosotros hemos de padecer, si queremos entrar en la gloria.

256. 3.º Deben indicarse las **gracias generales**, y además manifestar bien la **gracia propia** de cada misterio. Por ejemplo, el misterio de la Resurrección tiene por *gracia especial* la resurrección espiritual, esto es, del estado del pecado al de la gracia, y de la tibieza al fervor: *Si consurrexistis cum Christo, quæ sursum sunt querite, non que super terram*, dice el Apóstol. (*Colos. III*). Excitando, pues, á los fieles á los actos de virtudes propias del misterio que se está explicando, resultará aquel fruto saludable que debe producir este género de predicación. Y *notese bien*, que esta *gracia especial* de cada misterio es un rico manantial de excelentes y fructuosas reflexiones para el predicador.

IV. DIVISIÓN DEL SERMÓN.

257. Hay dos métodos: 1.º Tratar en la PRIMERA PARTE del sermón la doctrina del misterio; y en la SEGUNDA el fruto que debe sacarse. Por ejemplo: «Excelencia y grandeza de este misterio:» 1.ª Parte. «Modo de honrarlo y participar de él;» 2.ª Parte.

De otra manera: Lo que Dios ha hecho por nosotros en este misterio, 1.ª parte.—Lo que nosotros debemos hacer por Dios, 2.ª parte.

O también: Gloria que resulta á Dios de este misterio, 1.ª parte.—Ventajas que resultan al hombre, 2.ª parte.

258. 1.º **Método.** Reunir la doctrina y frutos en una misma enunciación; v. gr.: *Ego sum via, veritas et vita*. (*JOAN.*). Jesús en este mundo es para nosotros.

Camino que es necesario seguir, 1.ª parte.—Verdad que es necesario escuchar, 2.ª parte.—Vida que es necesario gozar, 3.ª parte.

259. La **Refutación** generalmente debe emplearse en esta clase de sermones, principalmente en estos tiempos de tanta impiedad y de malicia como atravesamos, en que todas las sectas mancomunadas, sublevadas por el infernal soplo del audaz Racionalismo, intentan sustituir la humana razón á la fe, presentándolas como contrarias entre sí, y por tanto desechan los sacrosantos Misterios. Deben proclamarse con entereza los fueros de la fe cristiana, que fortifica la débil razón sin serle contraria.

LECCIÓN XXI.

GÉNERO DEMOSTRATIVO.

Panegíricos.

260. El género *demonstrativo* versa acerca la alabanza ó vituperio de alguna persona, y por esto el panegírico que se usa para encomiar las virtudes y prendas de aquellos ilustres y heroicos hijos de la Iglesia, que por su santidad ó elevada jerarquía, ó consagración á Dios, resplandecieron como estrellas de gran magnitud en su hermoso firmamento, va comprendido en este género *demonstrativo*. El panegírico es una de las oraciones retóricas más dificultosas, y los muchísimos defectos que en su ejecución generalmente se han observado, confirman esta verdad. Con razón ha dicho un moderno escritor, que «el panegírico se ha mirado siempre como el escollo de los predicadores.» Defectos que hasta la misma gente vulgar comprende muchísimas veces, y cuyos principales son:

261. 1.º A veces se entra en todas las menudencias de la vida del Santo, y olvidando que es una alabanza un panegírico, se ha relatado más bien una fría y desnuda historia.

262. 2.º Ya son elogios de repertorio común, que así se aplican al Santo que se celebra, como podrían aplicarse á todos los Santos del cielo sin distinción.

263. 3.º Algunos se exceden tanto, que les parece que no pueden ensalzar debidamente á un Santo, sin deprimir más ó menos á los otros; esto es, haciéndoles entrar en el cuadro como sombras que hagan resaltar más el colorido, olvidando que sólo Dios es el justo apreciador de la caridad que ha elevado el mérito de las obras de cada uno.

264. 4.º A veces sólo las acciones milagrosas y la gloria del Santo atraen toda la atención del predicador, y siguiendo lo admirable sin estimular á lo imitable, los fieles quedan desanimados de poder llegar á tal perfección.

265. 5.º Lo contrario sucede otras veces: fijo el predicador en su auditorio, lo que menos piensa es en su Santo, cuyas virtudes y méritos debe elogiar, y apenas si imperfectamente los da á conocer; y no es raro después del sermón oír exclamar á los oyentes, especialmente á los devotos del Santo: «El predicador casi nada nos ha hablado del Santo; sólo ha estado reprendiendo vicios; se ha olvidado de la fiesta.»

266. 6.º Otras veces, olvidando también el carácter de la solemnidad, se entretienen en explicar sistemas filosóficos, y luego plantan lanzas para atacarlos y refutarlos, y los oyentes, viendo que su Santo ha quedado olvidado, exclaman: «El orador se ha ido por los espacios imaginarios.»

267. 7.º Y por fin, á veces sacrifican al demasiado rigor del orden en las frías notas cronológicas toda la belleza del discurso y su marcha oratoria; matan positivamente todo su fuego y entusiasmo con el cálculo de las fechas, y aún revuelven atrás si las olvidaron, cosa por cierto insufrible.

268. Todos estos defectos, que suelen cometerse más ó menos por algunos, no hacen formar tan buen concepto de la preparación del sagrado panegirista. Todo lo cual demuestra perfectamente, que la composición de un panegirico no es tan fácil como algunos podrían pensar; y que si el predicador cae en tales defectos, y especialmente si todo el sermón va en invectivas contra vicios, ó en discurrir en sis-

temas filosóficos por espacios imaginarios, proviene á veces porque no sabe qué cosa decir del Santo, no ha estudiado sus hermosas virtudes, el aroma que despiden, para deducir reglas prácticas de bien obrar, ni puntos de comparación, ni vivos paralelos que tanto instruyen y mueven el corazón; en una palabra: de la vida del Santo no ha sabido formar el oloroso ramillete de virtudes y ejemplos para presentarlo debidamente al auditorio, á fin que éste deliciosamente lo aspire, y prendado de su hermosura y fragancia se estimule á imitarlo, clamando cada uno en el fondo de su corazón conmovido: *Quod isti cur non ego?* Los Santos se han distinguido por su heroísmo, y éste siempre arrebatada, inflama el corazón del hombre, le hace prorrumpir en aclamaciones y alabanzas. ¿Por qué, pues, no hemos de ensalzar este heroísmo, cantar sus glorias y excitar á los fieles á celebrar tales triunfos, á imitar tales virtudes en el grado posible, siendo todo esto el fin del panegirico? ¿Por qué no nos prepararemos del modo debido para hacer resonar en las bóvedas sagradas del templo las ilustres virtudes y ejemplos de los invictos héroes del Cristianismo, que ya reinan con Dios en el templo de su gloria? Se entusiasmaron los Santos Padres ante el glorioso esplendor de los Santos, y en sus hermosos y fogosos panegiricos campea la verdadera y brillante elocuencia. Es inútil citar al Nacienceno y al Crisóstomo, porque hay muchísimos otros Padres de la Iglesia que se distinguen. Es una falta imperdonable en el predicador que, por falta de preparación debida, defraude, con cosas ajenas al asunto, y tal vez con extravagancias, al auditorio preparado de sus más bellas esperanzas, y al Santo de las alabanzas merecidas, para todo lo cual lo propone la Iglesia en dicho día. Para su buen desempeño, pues, hay que atender á estas Reglas:

269. Regla 1.ª FIN DEL PANEGÍRICO. Consiste esencialmente en dos cosas. La primera en *ensalzar la gloria del Santo*, recordando sus virtudes, ponderando sus méritos; presentar en magnífico cuadro las admirables acciones y cosas más notables de su vida, sin olvidar todos aquellos pormenores que lo hacen más glorioso, y para nosotros más provechoso y útil; pues la segunda cosa en que consiste el

fin del panegírico es *nuestra utilidad*, y en fuerza de esto el predicador debe demostrar qué medios emplearon ellos para ser santos, y cuáles hemos de emplear nosotros; distinguir lo que sólo es *admirable* de lo que es *imitable* en ellos, demostrando que ellos fueron un día lo que ahora somos nosotros, y que nosotros un día podremos llegar á ser lo que ahora son ellos; esto es, seremos santos, si procuramos imitar sus virtudes; pues la gracia de Dios no nos falta para ello. Propuesto este fin, el panegírico saldrá excelente.

270. 2.^a MATERIA. Atendido el fin del panegírico, queda ya perfectamente demostrado cual ha de ser la *materia*. Todo el fondo del panegírico han de ser las virtudes del Santo, las dificultades que tuvieron para practicarlas, cómo las vencieron, y su santa perseverancia en tal ejercicio. Hacer comprender al pueblo que la santidad no consiste precisamente en los milagros, pues puede haber milagros sin virtud, y virtud sin milagros, y que una fe viva, una piedad constante, y una caridad ardiente y práctica, constituye la santidad y anima todas las obras exteriores y les da su mérito: *Homines vident ea quæ parent, Deus autem in-tuetur cor.*

271. 3.^a MÉTODO. Resumiendo las opiniones de distintos autores, resulta que hay dos clases de panegíricos; el uno tiene forma *histórica*, y el otro *moral*. En el *histórico* la moral no entra sino á intervalos; esto es, se divide el panegírico en las diversas épocas de la vida del Santo, y de cuando en cuando se saca alguna reflexión. El segundo tiene el fondo moral, y se va justificando y probando por las mismas acciones del Santo; dividiéndole en dos ó más virtudes en que sobresalió el Santo; ó bien fijándose en la más culminante de su vida. Saber juntar las alabanzas del Santo junto con los frutos que de ellas deben sacarse, esto es, saber hacer admirar é imitar las virtudes, esto se llama cumplir verdaderamente con lo que exige la naturaleza del panegírico.

272. 4.^a ADORNOS ORATORIOS. Atendida la naturaleza del panegírico, no hay duda que éste admite un estilo elegante y florido, y aún el estilo elevado y pomposo, porque no es

para menos el santo entusiasmo que el orador ha concebido en la consideración de las glorias de su héroe, las cuales lleno de admiración va á manifestar á sus oyentes. «El elogio es una corona, ha dicho Pratomans; es permitido adornarla de flores y aún de diamantes, si se puede. No obstante, todo no debe estar igualmente sembrado de adornos; es necesaria la variedad: un discurso en que todo brillara, acabaría por deslumbrar y desagradaría á fuerza de querer agradar: son necesarias las sombras para hacer parecer mejor los rasgos que deben llamar la atención... Mas siempre es necesaria una santa gravedad que corresponda á la vida grave y edificante del héroe, una elocuencia noble que no tenga ninguna afectación, que deba su hermosura más bien á las cosas que á las palabras, más bien á la materia tratada que al espíritu del orador.

EL PANEGÍRICO PUEDE TENER FORMA SENCILLA.

273. Rigurosamente hablando, aunque el panegírico puede adornarse con todas las galas y atavíos de la elocuencia, no es necesario que sea tal; pues puede revestir la forma del más sencillo lenguaje. San Basilio ha dicho que la escuela del Cristianismo no sigue en esto los preceptos ni las reglas de los retóricos: la sencilla exposición de los hechos basta para los elegios del héroe cristiano, así como para la edificación de los fieles; tanto es el esplendor de las virtudes de los Santos, que no necesitan precisamente de los adornos y flores de la elocuencia humana.

274. Y realmente se observa que este género de discursos, aunque sea en lenguaje sencillo, es de un efecto seguro si se maneja con acierto: excita el interés; conmueve los ánimos; se oyen y retienen las particularidades que se refieren; se hacen analogías, símiles y comparaciones que se graban profundamente en la memoria, y esto es muy útil y provechoso para la enseñanza y edificación del pueblo cristiano, que escucha con mucho gusto los ejemplos de piedad y virtud, los cuales le causan más impresión y los retiene

con más facilidad que las más atinadas reflexiones. Con frecuencia, personas á quienes las más vehementes exhortaciones hallan insensibles, se convierten por medio de los grandes ejemplos de los Santos. Gustan tanto los hombres de oír referir historias, que este género de predicación no puede dejar de serles tan útil como agradable. ¡Qué atractivo no tiene la Sagrada Escritura con aquella multitud de variadas historias, que en medio de agradables emociones nos proporcionan el placer de sacar de ellas las más útiles reglas de vida y de perfección cristiana!

275. Anímese, pues, el predicador en vista de esto, por más ocupado que esté en los trabajos de su ministerio, á predicar á los fieles los panegíricos de los Santos, que tanto excitan la virtud, los cuales nos propone la Iglesia todos los días del año; porque si á primera vista parece cosa tan dificultosa, vea por otro lado cómo las vidas de los Santos pueden proponerse de un modo el más sencillo; pues la simple relación de sus hechos arroja de sí tanto esplendor y anima eficazmente á su imitación.

276. No puedo privarme, antes de concluir, de citar las palabras que sobre el particular dice Muratori: «¡Oh! ¿por qué tantos panegíricos que, por lo común, no sirven más que para hacer brillar una vana pompa del espíritu y las presuntuosas sutilezas de un cerebro hinchado de orgullo, que el pueblo no puede comprender?... Si quereis que un panegírico le sea provechoso, hacedlo con una elocuencia popular é inteligible, que instruya y mueva á los ignorantes lo mismo que á los doctos; es la mejor, aunque no sea bastante conocida de los que se figuran ser más sabios que los demás.»

LECCIÓN XXII.

Oración fúnebre.

277. Sin temor de equivocarnos podemos decir que la oración fúnebre es la más difícil de todas las composiciones oratorias bajo muchos conceptos. Pues por una parte el predicador en la oración fúnebre es el órgano del dolor público, y por otra debe elogiar la persona del difunto, cuyas virtudes no han recibido la sanción de la Iglesia por decreto de beatificación que garantice suficientemente las virtudes y el mérito del héroe, cuando por el contrario puede ser que su vida tenga muchos lunares; y acrecienta la dificultad el que el elogio es oído de los mismos contemporáneos que le trataron, los cuales ya pudieron formarse sus diversos y más encontrados juicios sobre la vida del finado. Por lo cual son innumerables los obstáculos que se encuentran para el buen desempeño; y viendo lo que dicen los autores que han tratado sobre el particular, se deduce que conviene que el orador esté á una grande altura para desempeñar este cargo. «Confiar este género de trabajos á un orador novel, dice un escritor, sería muy comprometido.» Para el buen éxito debemos, pues, establecer las siguientes reglas: 1.º en cuanto á su *Materia*; 2.º en cuanto á su *Método*.

I.—MATERIA.

278. **Regla 1.ª** El predicador ha de tener siempre presente la materia que ha de desarrollar en el discurso, que son las virtudes y mérito de aquel de quien se hace el elogio.

279. **2.ª** Grandes obstáculos se le presentarán en su marcha, pues resultará que examinando las páginas de la